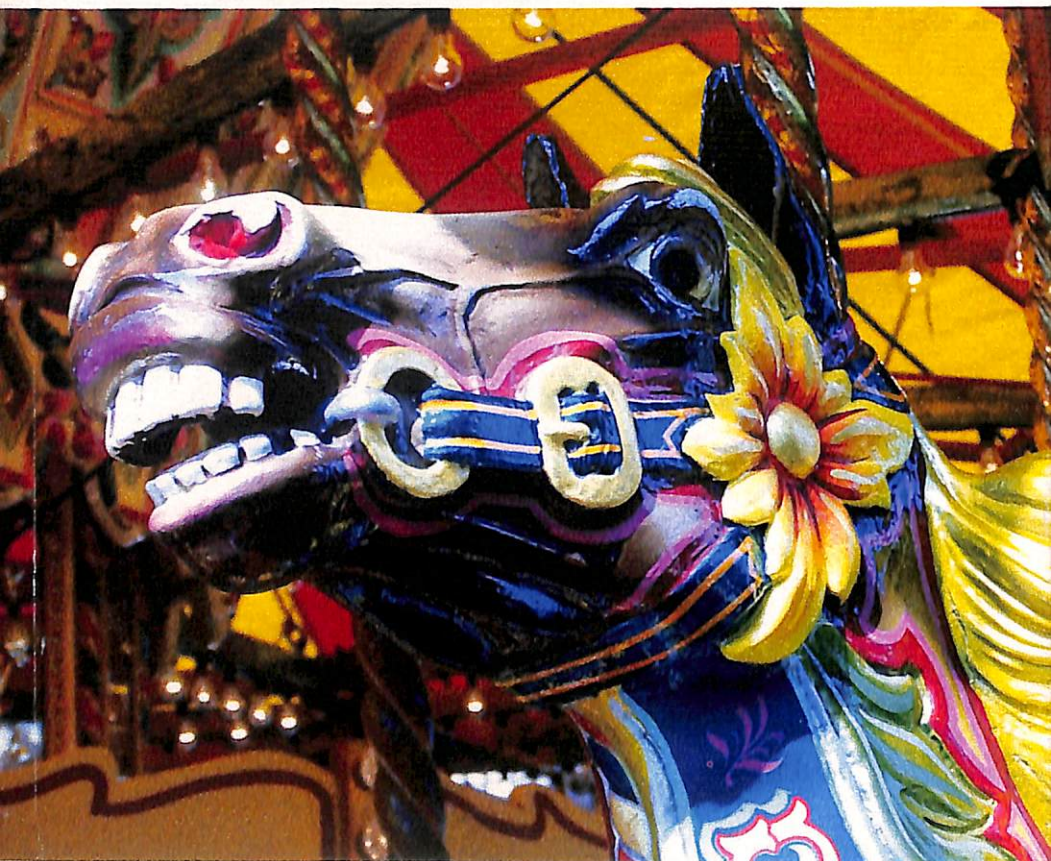


El guacho

machaca western

Luis Mario **Moncada**



Concurso del Libro Sonorense / 2008



Dramaturgia



Luis Mario Moncada Gil

Hermosillo, Sonora 1963

Es Licenciado en Literatura Dramática y Teatro por la UNAM que, fiel a una formación ecléctica, reparte su actividad entre la escritura, la actuación, la crítica y la gestión cultural. Ha escrito y adaptado más de 25 obras, casi todas estrenadas, con las que, además de obtener diversos premios de la crítica nacional, se ha presentado en festivales de Estados Unidos, Canadá, Bolivia, El Salvador, Colombia, Portugal, Italia y España. También se ha desempeñado como guionista en series de televisión producidas por Sony y Televisa.

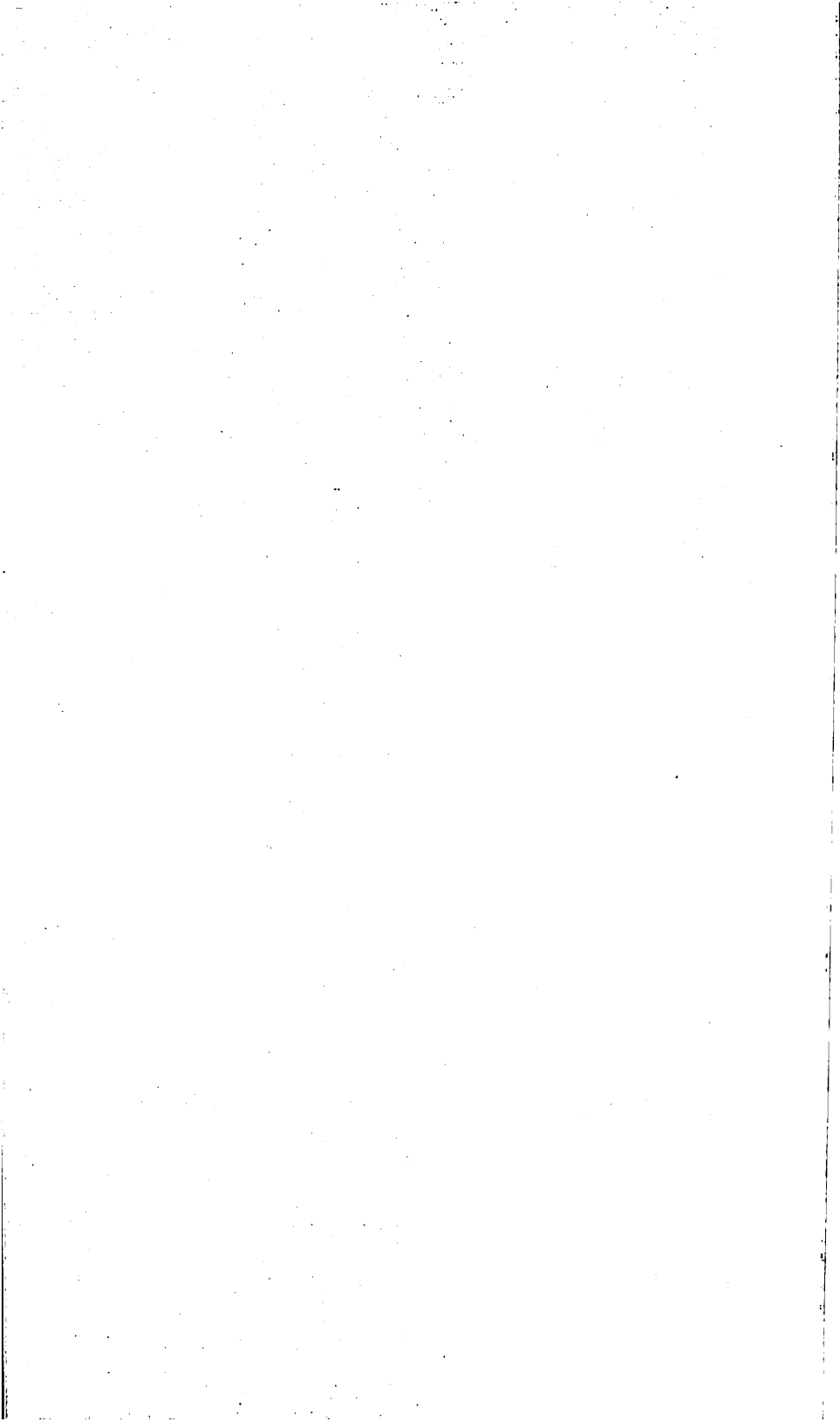
Ha colaborado con numerosas revistas especializadas y publicado casi una decena de libros. Entre las distinciones recibidas destacan el Premio Nacional de la Juventud 1985 y el ingreso al Sistema Nacional de Creadores en 1999 y 2008. Entre sus cargos públicos se mencionan la titularidad del Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli" (CITRU), de la Dirección de Teatro y Danza de la UNAM y del Centro cultural Helénico.

EL CHACTO

de J. M. W. W.

Ornithología





EL GUACHO

Machaca Western

Dramaturgia



Instituto Sonorense de Cultura

El guacho, machaca western
Luis Mario Moncada
Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2008
Dramaturgia
Primera edición 2010

ISBN 978-607-7598-11-4

Gobierno del Estado de Sonora

Lic. Guillermo Padrés Elías
Gobernador Constitucional

Mtro. Óscar Ochoa Patrón
Secretario de Educación y Cultura

Lic. María Dolores Coronel Gándara
Directora General del Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Ignacio Mondaca Romero
Coordinador Editorial y de Literatura del ISC

Edición: L.L.H. Gabriela Soto Soto
Diseño gráfico: L.D.G. Aarón Alejandro Lima Espinoza

D.R. Instituto Sonorense de Cultura
Ave. Obregón No. 58 Col. Centro
C.P. 83000
Hermosillo, Sonora, México
publicaciones@isc.gob.mx

EL GUACHO

Machaca Western

Dramaturgia

Luis Mario Moncada

Concurso del Libro Sonorense 2008

EL CUADRO

de la

Diagnóstico

del

del

del

del

del

del

del

del

del

PERSONAJES

FORASTERO
ALGUACIL
MILDRED
BRAVUCÓN
BETY
JANET
VICKY
RECADERO
ESTATUA
HABITANTES DEL PUEBLO

La acción se ubica en Cactus, un tranquilo poblado del viejo Oeste. Todos los personajes visten a la usanza tradicional, destacando en sus trajes los colores de la estética del cómic. El único personaje que no responde a este planteamiento es el Forastero, quien viste como gángster citadino, todo él en tonalidades grises y negras. Al igual que con los trajes, el escenario es una caricatura que se transforma fácilmente en distintos ámbitos: una cantina, una casa, la calle, etc.

Las actuaciones también representan un estereotipo al que no se debe temer; sólo la creencia absoluta en esta suma de clisés harán verosímil la situación dramática global.

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

PERSONALITY

The study of personality is a complex task that involves understanding the individual differences in behavior and thought. This field of research has a long history, with early theorists like Freud and Jung focusing on internal drives and structures. Modern approaches, such as behaviorism and humanism, have shifted the focus to external influences and personal growth. The integration of biological and cognitive perspectives has further enriched our understanding of the human mind. Research in personality psychology continues to explore how these various factors interact to shape who we are.

Understanding personality is essential for many areas of psychology, including clinical practice, education, and organizational behavior. It helps us to better understand ourselves and others, leading to improved relationships and personal development. The study of personality remains a vibrant and evolving field of research.

Personality is a complex and multifaceted concept that has fascinated psychologists for decades. It refers to the unique set of characteristics that distinguish one individual from another. These characteristics can be thought of as the internal blueprint that guides our thoughts, feelings, and actions.

There are many different theories and models of personality, each offering a different perspective on how we are shaped. Some theories focus on biological factors, while others emphasize the role of the environment and social interactions. The study of personality is a rich and ongoing field of research.

Understanding personality is not just an academic exercise; it has practical implications for many aspects of our lives. From improving our relationships to understanding our own strengths and weaknesses, the study of personality offers valuable insights into the human experience.

PRIMER ACTO

1. *La cantina.*

El lugar está lleno. Al fondo toca un grupo. En las mesas sólo hombres, casi todos con pistolas a la cintura. Algunas mujeres atienden a los parroquianos, mientras éstos juegan a las cartas y beben. Todo está en calma. La atmósfera pueblerina se rompe paulatinamente cuando uno de los instrumentos del grupo comienza a proponer un estilo jazzístico, o bien algún tipo de ritmo contemporáneo que nos remita a la ciudad actual. Entra el Forastero y se detiene en la entrada mientras las puertas de la cantina se quedan bailando de un lado a otro. Los parroquianos voltean. El Forastero se dirige a la barra sin reparar en las miradas que lo escoltan. Habla como si fuera el narrador de su propia historia, pero sin voltear nunca al público, más bien como si pensara en voz alta.

FORASTERO:

La cantina olía a establo y todos los parroquianos jugaban a las cartas. Sin embargo, por la tensión acumulada en sus rostros se podría jurar que sólo esperaban un descuido de mi parte. Apenas diez minutos después de mi llegada a Cactus era testigo de su famosa hospitalidad con los guachos. Pero no hice caso; sólo caminé hacia la barra y pedí...

¡Un aguardiente!

Estaba aquí porque buscaba a un hombre, y no tenía ganas de dar explicaciones.

Se recarga en la barra. El cantinero le sirve. La

música ha terminado y se forma un pesado silencio. El sólo bebe sin mirar en torno. De entre las mesas se levanta un hombre alto y fornido, que se acerca hasta quedar a dos metros del Forastero. Lo observa, malencarado.

BRAVUCÓN: ¿Se le perdió algo, amigo?

El Forastero no contesta. Tensión general.

¿Busca problemas, forastero?

Nuevamente silencio. El Bravucón hace un lento movimiento de su mano hacia la pistola, pero es sorprendido por un disparo que sale de la gardina del extraño. Apenas recibe el impacto y el Forastero vuelve a disparar para rematarlo. El bravucón cae pesadamente. Rúbrica musical que anuncia los créditos de algún famoso western. Oscuro súbito y silencio.

Cuando se vuelve a encender la luz, Bravucón está en la posición anterior, como si no hubiese ocurrido nada. Su tono de voz es ahora más franco y bonachón.

¿Le puedo ayudar en algo? Mi nombre es Alex Block, aunque todos me conocen como Bravucón.

Ríe torpemente y se recarga en la barra junto al Forastero. Hace una seña al cantinero.

Don Beto, una cerveza. (Pausa) ¿Y qué le treae por aquí?

El Forastero no ha hecho hasta el momento ningún gesto y sólo bebe.

No vienen muchos forasteros a este pueblo. Hay pocas cosas para atraerlos al calor infernal de Cactus. (*Grita hacia una mesa*)
¿Verdad, Tony? Qué tal ha tratado la sequía a tus campos este verano?

Un hombre de las mesas hace un gesto de asentimiento. El Bravucón voltea hacia el Forastero.

¿Viene de negocios?

Silencio. El Forastero habla otra vez para sí mismo.

FORASTERO: El impertinente comenzaba a fastidiarme, pero preferí sacarle provecho a la situación. (*Al Bravucón*) Estoy buscando a un hombre.

BRAVUCÓN: Tal vez le pueda ayudar a encontrarlo.

FORASTERO: Las señas que tengo son vagas.

BRAVUCÓN: Usted dirá si me ayuda a refrescar la memoria.

El Forastero saca un billete y lo pone sobre la mesa.

Parece ser un buen día para ambos, amigo.

Estira la mano para tomar el billete, pero el extraño lo detiene. Bravucón sonríe.

Pregunte, pues.

FORASTERO: Tiene más o menos mi edad y una antigua cicatriz en el cuello. Lo conozco como "el Fitucho".

El Bravucón se echa imperceptiblemente hacia atrás y retira su mano.

BRAVUCÓN: No, fíjese. Creo que no conozco a nadie con esas señas.

FORASTERO: No importa. Ya lo encontraré.

BRAVUCÓN: Ahora que si quiere un consejo, vaya a ver al comisario. Tiene buena memoria y desde pequeño ha mordido el polvo de estas calles.

El Forastero hace una seña al cantinero y le extiende el billete que había sacado antes.

FORASTERO: Cóbrese mi trago y el de este amigo.

Bravucón sonríe agradecido.

Y también le entrega el cambio. (Al Bravucón) Gracias por la información.

Se dirige hacia la salida y desaparece.

BRAVUCÓN: De nada.

El cantinero le entrega las monedas de cambio y él las toma con cierto desprecio. Voltea hacia la concurrencia y levanta la voz.

¿Alguien sabe quién es ese hombre que acaba de salir?

Silencio. Todos se miran sin saber.

¿Qué les dice el nombre de Humberto Guízar?

El Bravucón se echa imperceptiblemente hacia atrás y retira su mano.

BRAVUCÓN: No, fíjese. Creo que no conozco a nadie con esas señas.

FORASTERO: No importa. Ya lo encontraré.

BRAVUCÓN: Ahora que si quiere un consejo, vaya a ver al comisario. Tiene buena memoria y desde pequeño ha mordido el polvo de estas calles.

El Forastero hace una seña al cantinero y le extiende el billete que había sacado antes.

FORASTERO: Cóbrense mi trago y el de este amigo.

Bravucón sonríe agradecido.

Y también le entrega el cambio. (Al Bravucón) Gracias por la información.

Se dirige hacia la salida y desaparece.

BRAVUCÓN: De nada.

El cantinero le entrega las monedas de cambio y él las toma con cierto desprecio. Voltea hacia la concurrencia y levanta la voz.

¿Alguien sabe quién es ese hombre que acaba de salir?

Silencio. Todos se miran sin saber.

¿Qué les dice el nombre de Humberto Guízar?

Silencio. Algunos murmullos.

Mejor conocido como "El Guacho": un famoso matón a sueldo que viene de la ciudad, seguramente en busca de problemas. Lo reconocí inmediatamente. Hay lugares donde lo reclama la justicia.

Señala un cartel con la leyenda "Se busca GUACHO vivo o muerto". Acto seguido arroja las monedas al suelo.

¿Alguien quiere su dinero manchado de sangre?

Nadie se mueve. Sólo uno levanta su voz de entre las mesas.

PARROQUIANO: Hay que avisar al alguacil.

Aprobación ad-libitum de algunas personas.

BRAVUCÓN: ¡No! No será necesario... Él mismo lo está buscando.

PARROQUIANO: De cualquier manera, hay que tenerlo sobre aviso.

BRAVUCÓN: Ey, tú, Pepito, corre a casa de la señorita Mildred y saca de ahí al alguacil.

Un muchacho salta de entre los concurrentes y sale corriendo.

2. Casa de Mildred.

El alguacil está tratando de acorralar a Mildred, pero ella se escabulle alrededor de la mesa. Pese a que la acción parece violenta, ambos lo están tomando a juego.

ALGUACIL: Mildred, es la última vez que te lo voy a pedir. Vamos a casarnos.

MILDRED: Y es la última vez que te lo voy a responder. Todavía no.

ALGUACIL: ¿Por qué?

MILDRED: Ya lo sabes.

ALGUACIL: Ya no aguanto las ganas de que estés en mi cama.

MILDRED: Primero tienes que dejar de ver, y para siempre, a todas esas mujerzuelas a las que frecuentas.

ALGUACIL: Lo prometo.

MILDRED: No prometas. Hazlo.

ALGUACIL: A partir de hoy no las conozco, te lo juro.

MILDRED: Bueno, pues a partir de hoy esperaremos seis meses para comprobar que no has estado pensando en nadie más.

ALGUACIL: ¿Seis meses?

MILDRED: Así aprovecharás el tiempo para terminar de conseguir la casita que vimos a las afueras del pueblo.

ALGUACIL: Eso ya está casi en las manos, ¿pero por qué tenemos que esperar tanto tiempo?

Por fin la alcanza y la abraza con decisión.

Si ya estás entre mis brazos y yo soy tu hombre.

Le besa el cuello, sin soltarla. Ella finge rechazarlo, pero se deja hacer.

MILDRED: No estés tan seguro.

El la toma firmemente, aunque sin violencia.

ALGUACIL: No se te ocurra jugar conmigo, Mildred.
MILDRED: Es sólo que no quiero casarme todavía.

El alguacil la suelta y trata de resignarse.

ALGUACIL: Está bien. ¿Pero, me puedes dar alguna razón?

MILDRED: No estoy segura de que tu profesión sea la mejor para formar un hogar.

ALGUACIL: ¿Es eso? Ya te dije que en cuanto junte para abrir mi propio negocio voy a colgar mi placa y retirarme. ¿Te parece bien?

MILDRED: ¿Y si te pasa algo? ¿O si dejas cuentas pendientes que jamás nos dejen en paz?

ALGUACIL: Por favor...

La voz del recadero los detiene.

VOZ DEL RECADERO: ¡Alguacil!... ¡Alguacil!...

Mildred y el comisario voltean hacia la puerta y olvidan su disputa. Él abre la puerta.

ALGUACIL: ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos?

El recadero entra a la casa y con la mayor velocidad que puede suelta el mensaje.

RECADERO: Dice Bravucón que hay un forastero en el pueblo que lo anda buscando y que se ande con cuidado porque parece que sus intenciones son muy sospechosas. Ah, y que se encuentre con él para hablar del asunto.

ALGUACIL: ¿Un forastero? ¿Qué aspecto tiene?

RECADERO: Tiene un traje de la ciudad y su forma de hablar es como cantando.

ALGUACIL: ¿Está armado?

RECADERO: No sé, pero su cara no es de buenos amigos.

ALGUACIL: Lo siento, Mildred, es hora de trabajar.

Va hacia el perchero, de donde toma el cinturón de la pistola y el sombrero. Se pule la placa y camina hacia la puerta.

Piensa en lo que te dije, preciosa.

Sale. El recadero va tras él, pero Mildred lo detiene.

MILDRED: Espera, Pepito. Ven.

Saca una cigarrera.

¿Quiéres fumarte un cigarro conmigo?

Él voltea a la calle, para ver si ya se fue el comisario, y toma el cigarro. Lo enciende con actitud de hombre mayor. Mientras él fuma, ella lo interroga.

Dime una cosa. ¿Tú viste bien al forastero ese? ¿Cómo es?

RECADERO:

(en tono heróico) Tiene los ojos color de miel, pero su mirada es la de un asesino. Sus manos también son grandes, y casi juraría que más de uno ha muerto entre sus dedos. Su traje es oscuro y encima tiene un largo saco negro para la lluvia. Y no trae botas, sino zapatos finos y un sombrero pequeño y también oscuro.

MILDRED:

¿Y qué es lo que se dice de él?

RECADERO:

En los estados sureños piden una recompensa por él. Se le imputan más de 15 muertos y numerosos asaltos. No me gustaría toparme con él en la madrugada. No, señor.

MILDRED:

¿Te puedo pedir un favor? Pasa por casa de Doña Bety y recuérdale que la sesión de bordado de hoy es en mi casa, ¿sí?

El recadero termina de fumar, apaga el cigarro y sale. Ella comienza a arreglar su casa para la sesión. Parece contenta.

3. Calle.

Por un costado entra el Forastero sigilosamente. De pronto escucha algún ruido y voltea hacia el fondo. Saca una pequeña pistola de escuadra y se mantiene alerta. Habla otra vez para sí mismo.

FORASTERO:

La calle desierta parecía estar poblada de ojos, o el calor del mediodía me estaba haciendo ver visiones. Pero tenía que estar alerta contra una emboscada de este pueblo hostil.

De entrepiernas asoman algunos sombreros espías que, cuando él vuelve el rostro ya han desaparecido. Se seca el sudor y guarda su pistola. Por el extremo opuesto entra el recadero, quien no lo ha visto. El Forastero lo llama.

Ey, muchacho.

El recadero se paraliza. Quiere correr, pero no se atreve.

Ven, muchacho, sólo quiero preguntarte algo.

El muchacho se acerca con cierto temor.

RECADERO:

¿Sabes de algún lugar para pasar la noche? Pues allá, en la posada de Don Francisco. Derecho por la calle principal.

FORASTERO:

¿Sabes si el monumento a los niños héroes

RECADERO: sigue en el mismo lugar?
No, señor, ahora se los llevaron para allá,
para el otro lado del pueblo.
FORASTERO: ¿Y el viejo parque de pelota?
RECADERO: Ese sí. Mañana hay juego.

*El desconocido saca una moneda y la arroja
al aire. El muchacho la pesca en el vuelo.*

FORASTERO: Gracias.
RECADERO: A usted.

*El muchacho se despide amablemente y sigue
su camino. El Forastero tira su cigarro, lo pisa
y sale por el lado opuesto.
Por el fondo entran ahora el alguacil y Bravucón.*

ALGUACIL: Estás seguro de que era el Guacho?
BRAVUCÓN: Sí. Nunca olvido una cara.
ALGUACIL: Por qué lo mandaste conmigo?
BRAVUCÓN: Para despistarlo. Había demasiada gente
en la cantina.
ALGUACIL: Vamos a tener que juntar un grupo para
salir de cacería.
BRAVUCÓN: Hay algo que no te he dicho.
ALGUACIL: ¿Qué cosa?
BRAVUCÓN: Llegó a oídos de la Sociedad Anónima.
Quieren verte.
ALGUACIL: ¿Cuándo?
BRAVUCÓN: En dos horas.
ALGUACIL: Demonios. Tengo la impresión de que ese
Guacho nos va a provocar algunos dolores
de cabeza. Ve a la cantina y trata de que los
ánimos no se alboroten.

Bravucón sale por un lado. El alguacil va a salir

por el otro, pero frente a él aparece el Forastero. Ambos se ponen en guardia, como si su piel se erizara, las manos listas a desenfundar. Sin embargo, el Forastero trata de suavizar su voz.

FORASTERO: ¿Alguacil? ¿Es usted? No había visto su placa.

Se relaja e intenta ser amable. El alguacil no parece muy convencido.

ALGUACIL: ¿Qué negocios lo traen por estos rumbos, amigo?

FORASTERO: Vengo de paso. Voy rumbo a la frontera.

ALGUACIL: Entonces esperamos que su estancia en este pacífico lugar sea breve y agradable.

FORASTERO: Así lo espero yo también.

ALGUACIL: ¿Sabe una cosa? En Cactus no son muy populares los forasteros, pero no se acostumbra crearles problemas a aquellos que no los buscan.

FORASTERO: Ya lo había escuchado, alguacil, pero lo tomaré en cuenta. Gracias.

ALGUACIL: Buenas tardes.

Salen por lugares opuestos. Después reaparece el Forastero y afirma:

FORASTERO: ¡El Fitucho!

Sale. Entra ahora el Alguacil.

ALGUACIL: ¡El Guacho!, seguro que era el Guacho.

Sale.

4. *Casa de Mildred.*

Cuatro mujeres, incluida Mildred, sentadas en círculo. Todas bordan.

BETY: El hilo rojo alrededor de los pétalos.

Todas toman el hilo rojo y siguen las instrucciones. Ella las observa.

Janet, te estás yendo chueca. Sigue la línea. Si no, no se van a vender los mantelitos. Muy bien. Ahora el hilo verde para las hojas.

JANET: Ya me cansé.

BETY: La feria de Santa Bárbara es el próximo fin de semana y los niños del orfanato no pueden esperar.

JANET: ¿Ni siquiera cinco minutos?

BETY: Está bien.

Saca un reloj de su bolsillo y lo mira.

Pero sólo cinco minutos.

Todas hacen a un lado su labor y beben té.

Tenemos que conseguir la mayor contribución para el nuevo orfanato.

VICKY: Sí, pobres niños.

JANET: Pobres de nosotras. Yo ya no aguanto la espalda.

BETY: El reverendo vendrá mañana a supervisar nuestro trabajo.

VICKY: ¿Mañana?

BETY: Sí, tendremos que trabajar hasta la noche.
VICKY: ¡Hasta la noche! ¿Y el baile? No, yo no me lo pierdo por nada.

BETY: ¿Que no te puedes esperar a la feria, niña?
VICKY: Como si no la conociera. Nos va a tener ocupadas todo el tiempo. Además, hoy vienen hasta los muchachos de los alrededores.

BETY: Todo el tiempo pensando en muchachos.

JANET: Por cierto, ¿ya saben el nuevo chisme?

VICKY: ¿Cuál?

JANET: Esta mañana llegó al pueblo un hombre de la ciudad.

VICKY: ¿Guapo?

JANET: Dicen que es un asesino y que viene a crear problemas.

VICKY: ¿Pero cómo es?

JANET: Yo no lo he visto, pero dicen que tiene una gran cicatriz en la cara; mide casi dos metros, su voz es cavernosa y tiene un tic en la nariz.

*Mildred enciende un cigarro y escucha distraí-
damente.*

BETY: Ya te he dicho que está muy mal que una señorita como tú fume esos cochinos cigarrillos.

Mildred no hace caso y sigue fumando.

VICKY: ¿Y es un asesino de verdad?

BETY: Por supuesto que es un asesino.

JANET: Apenas llegó y provocó una gran trifulca en el salón.

VICKY: Yo creo que si lo veo me temblarían las

- piernas y me desmayaría ahí mismo.
- BETY:** No te preocupes, querida. Los hombres del alguacil lo prenderán muy pronto.
- VICKY:** *(Emocionada)* ¿Cómo? ¿Va a haber disparos y todo?
- BETY:** Su cabeza tiene un precio muy alto en algunas partes. Parece que su foto ya está circulando por todo el pueblo.
- VICKY:** Quiero ver esa foto.
- BETY:** ¿Y para qué, niña?
- VICKY:** Si nosotros pudiéramos cobrar esa recompensa, no necesitaríamos rompernos la espalda haciendo estos horribles bordados. Además es todo tan aburrido en este pueblo...
- BETY:** Ese no es un asunto para señoritas, así que dejemos que el alguacil lo solucione y sigamos con nuestra contribución. *(Mira su reloj)* Supongo que ya descansaron lo suficiente.
- JANET:** Yo ya estoy harta de estos trabajos de mujeres.
- BETY:** ¿Qué significa esto? ¿De pronto se convirtieron en mujeres de acción? Mildred no se queja.
- VICKY:** Porque es la prometida del alguacil.
- BETY:** ¿Y eso qué tiene que ver?
- VICKY:** Su vida es diferente. Conoce a las personas más importantes del pueblo y no se aburre como nosotras.
- JANET:** A nosotras no nos hacen caso.
- VICKY:** Nunca se van a enterar de nuestra existencia si no vamos al baile.
- BETY:** Oh, vamos, eso no es cierto. Yo sé que muchos hombres las desearían por esposas.

- VICKY: ¿Ah, sí? ¿Me podría decir sus nombres?
BETY: ¡Vicky!
VICKY: Perdón. Pero es que todos piensan que somos unas beatas.
JANET: Ya nadie se fija en las jóvenes decentes.
BETY: Qué tonterías. La llegada de ese forastero les ha metido demasiadas ideas en la cabeza.
JANET: ¿Y si fuera un príncipe?
BETY: Está bien, está bien; si nos apresuramos a lo mejor nos da tiempo de ir al baile. ¿Qué les parece?

Silencio.

Sólo unas puntadas más. ¿Sí?

Las dos chicas dudan un momento, pero terminan doblándose.

- JANET: De acuerdo.

Mildred se mantiene al margen. Se levanta sin ser notada y se dirige a la ventana. Parece mirar algo con atención.

- BETY: Muy bien. Hilo verde para las hojas. Así...
Lo más pequeño que puedan...

Mildred va al perchero y se coloca su sombrero.

- MILDRED: Disculpen, tengo que salir un momento. No tardo.

Bety no parece aprobar, pero se calla. Vicky y Janet se miran compartiendo su desprecio

por esa niña mimada. Mildred sale.

BETY: Hilo rojo otra vez para los pétalos, así...

Las mujeres continúan su trabajo.

5. Salón.

Algunos de los parroquianos juegan a los dados y entre ellos surgen expresiones ad-libitum sobre el tema.

El Forastero vuelve a entrar y se dirige directamente a la barra. Los parroquianos perciben su presencia y poco a poco olvidan el barullo del juego para concentrarse en el extraño.

FORASTERO: Un aguardiente.

El cantinero se hace el distraído y le da la espalda.

Un aguardiente.

Uno de los parroquianos arroja un dardo que se incrusta justo al lado del Forastero, quien, sin voltear, se mantiene en estado de alerta. Alguien más grita:

PARROQUIANO: En este salón no se sirve a guachos.

FORASTERO: (*Imperturbable*) Un aguardiente.

El cantinero hace un gesto de disculpa y trata de mantenerse a distancia.

PARROQUIANO: No se lavó las orejas, amigo. ¿Escuchó lo que dije?

El Parroquiano se encuentra a espaldas del Forastero. Este hace un movimiento veloz que le permite propinar un revés en pleno rostro, de manera que el Parroquiano va a parar a una de las mesas. La trifulca está a punto

de comenzar. El Forastero se arremanga tratando de aparentar seguridad. El Parroquiano se levanta para responder a la agresión, pero por la puerta aparece Bravucón, quien grita enérgicamente.

BRAVUCÓN: ¡Alto ahí! No queremos desórdenes en este lugar, ¿entendido?

Los ánimos parecen calmarse repentinamente, aunque hay gestos que lo señalan como un aguafiestas. El Forastero apenas lo mira y voltea otra vez hacia la barra.

FORASTERO: ¿Me va a servir un aguardiente o me lo sirvo yo?

El cantinero le sirve de mala gana. Bravucón se acerca y lo palmea en la espalda.

BRAVUCÓN: Vaya, vaya. Pensé que buscaba a un hombre, y hasta ahora sólo ha encontrado problemas.

Silencio.

¿Y cómo siguen las pesquisas, amigo? Acabo de hablar con el alguacil y dice que si usted lo acepta, quisiera ofrecerle las llaves de la ciudad. Es decir, para borrar esa mala fama que tiene nuestra hospitalidad. ¿Qué me dice?

FORASTERO: Dígale al alguacil que lo siento mucho, pero que no voy a poder aceptarlas.

BRAVUCÓN: ¿Por qué no?

FORASTERO: Porque esa distinción sólo se otorga a la gente de fuera... y yo aquí me siento como en mi casa.

Deja una moneda sobre la barra y camina hasta la salida. Sin embargo, al mismo tiempo ha entrado Mildred, de manera que se topan de frente. En ambos hay un gesto escrutador. El Forastero habla para sí mismo.

Ahí estaba; la mujer más hermosa del desierto. Perturbadoramente blanca. Y aunque sus labios temblaban, de sus ojos vi salir un rayo que se encajó en mi pecho. Así nos miramos durante un minuto...

Después de cinco segundos.

BRAVUCÓN: ¡Señorita Mildred! Buenas días.

Mildred y el Forastero no se quitan la vista.

Déjeme presentarla. Nuestro amigo viene de la ciudad. El señor...

FORASTERO: Guízar. Humberto Guízar, para servirle.

Toma la mano de ella y la besa delicadamente.

BRAVUCÓN: Y ella es la señorita Mildred.

FORASTERO: Mucho gusto, señorita.

MILDRED: Igualmente.

BRAVUCÓN: ¿En qué podemos servirle, señorita Mildred?

MILDRED: Eh... estaba buscando al alguacil. ¿No ha venido aquí, Bravucón?

BRAVUCÓN: No, señorita Mildred. Creo que tenía una reunión con la..., con unos inversionistas del pueblo.

MILDRED: Bueno, era una tontería. No le digas que estuve aquí.

BRAVUCÓN: No se preocupe, señorita Mildred.
MILDRED: (Al Forastero) Mucho gusto.
FORASTERO: Pase usted.

Mildred sale. Igual que el Forastero, todos observan con emoción la partida de la chica. Es Bravucón quien rompe el suspiro.

BRAVUCÓN: No pierda su tiempo, amigo. Es la chica del alguacil. La mujer más hermosa del pueblo. Mejor le invito un trago. Ey, Don Beto, sírvame dos copas. Yo pago.

El Forastero acepta y se recarga en la barra. Bravucón alza su copa.

Que su estancia sea placentera..., Guízar.

6. Habitación oscura

Ubicada, quizás, en algún punto alto del escenario. Tres hombres elegantes sentados de espaldas al público, de manera que nunca dan la cara.

ANONIMO 1: *(Con voz autoritaria, aunque suave)* Que pase el siguiente.

Por un lado aparece el alguacil, quien se detiene en un punto de la habitación iluminado por una potente lámpara. Sujeta su sombrero entre las manos. Todo el tiempo está parado frente a ellos, de manera que también da frente al público.

Alguacil, qué gusto que haya venido.

ALGUACIL: Supe que deseaban verme.

ANONIMO 1: Nos han llegado noticias ciertamente preocupantes. Quisiéramos saber lo que usted sabe al respecto.

ALGUACIL: Sí, claro. Se trata de un pistolero que ha llegado de la ciudad, pero aún no conocemos sus intenciones.

ANONIMO 1: Mal, alguacil. Su trabajo es muy lento.

ALGUACIL: En estos momentos se le está siguiendo la pista y pronto tendremos informes más claros.

ANONIMO 1: Sabemos que preguntó por usted.

El alguacil permanece callado, como si hubiera temido este momento.

Por qué no lo mencionó?

Silencio.

Si no me equivoco, nadie debía conocer su alias, salvo nosotros. ¿No es verdad?

ALGUACIL: Sí, señor.

ANONIMO 1: ¿Por dónde se filtró el nombre?

ALGUACIL: No lo sé, señor.

ANONIMO 1: ¿No lo sabe?

ALGUACIL: Aunque, hay una remota posibilidad; alguien que conozca ese apodo desde hace años, de mi infancia.

ANONIMO 1: ¿Usted lo cree posible, alguacil?

ALGUACIL: Poco, señor.

ANONIMO 1: Entonces déjese de conjeturas y tráiganos informes precisos.

ALGUACIL: Sí, señor.

ANONIMO 1: Le voy a hacer otra pregunta, alguacil: ¿tiene cuentas pendientes con alguien?

ALGUACIL: No, que yo sepa.

ANONIMO 1: ¿Y para quién supone que trabaja ese pistolero?

ALGUACIL: Sabemos que siempre trabaja para el mejor postor. Es independiente y cobra por encargo. Se cotiza alto en la ciudad y se le considera implacable.

ANONIMO 1: Bravo, alguacil, tiene usted un caso digno de ponerlo a trabajar. Esperamos que en 24 horas se pueda hablar de este asunto en pretérito. ¿Sabe usted lo que tiene que hacer?

ALGUACIL: *(Titubeante)* Sí.

ANONIMO 2: *(Levanta su voz gruesa para dar por concluida la entrevista)* Pues hágalo..., alguacil.

ALGUACIL: Sí. Con permiso.

Sale. Casi inmediatamente el anónimo 1 vuelve a ordenar.

ANONIMO 1: Que pase el siguiente.

Entra otro hombre con el sombrero entre las manos y se coloca en el mismo punto de luz que el alguacil.

Señor comerciante, qué gusto que haya venido.

COMERCIANTE: Recibí su recado...

ANONIMO 1: Estábamos preocupados por usted...

La luz se desvanece lentamente durante los últimos diálogos.

7. Plaza.

Una banca en primer plano derecha. Al fondo un grupo de niños juega. El Forastero aparece por el lado de la banca y contempla a los pequeños. Lo paraliza un tipo de fascinación por esos juegos. Uno de los niños se percata de su presencia y se detiene a mirarlo. De pronto todos los niños se detienen y voltean hacia donde está el desconocido. Largo rato de contemplación silenciosa, que se rompe cuando uno de los niños se separa de los demás.

NIÑO DEL PARQUE: Ya me voy. Me van a regañar.

Los demás se miran unos a otros y poco a poco comienzan a salir, mencionando ad-libitum diversos pretextos para alejarse de ese hombre: "Ya tengo hambre", "¿quién es ese señor?", "vámonos", etc.

Al quedar solo, el Forastero ha perdido toda su dureza y se sienta titubeante. A sus espaldas se aprecia, vacío, el fondo de la plaza. Imprevistamente, el Forastero luce exhausto y comienza a masajearse el cuello con una mano. Al mismo tiempo va reconociendo el sitio donde se encuentra.

FORASTERO: La plaza vieja no había cambiado nada. Era un lugar detenido en el tiempo que me instaló en la placidez. De pronto, no sé si por efecto del sol o del recuerdo, me empecé a sentir aprisionado en el pasado y un golpeteo de voces se apoderó de la plaza y me hicieron sentir la rabia por haber aban-

donado estas calles y este sol. Culpa, culpa por haber cambiado y por ser otro, por ser otro...

Por el fondo, sin que él lo observe ni reaccione a ello, va apareciendo su pensamiento en forma de personajes que entran por fondo izquierda y salen a sus espaldas por la derecha, sin detenerse en el camino y apenas sugiriendo un vago recuerdo.

La primera que aparece es una mujer joven con un niño lloroso en brazos. Camina deprisa.

MADRE:

Ya, ya, ¿tienes hambre? Ya vamos a llegar...

Pasa por detrás de la banca sin mirar al hombre. Sale.

Entra ahora un hombre con paso rápido seguido detrás por el niño de cinco años quien, a pesar de que casi corre, va siempre a la zaga.

NIÑO:

¡Papá!... ¡Papá!... ¿Vas al parque?... ¿Me llevas contigo?... Quiero ir...

El hombre no hace caso y sigue caminando hasta pasar por detrás de la banca y salir. El niño sale después.

Entra ahora el niño de unos diez años correteado por una niña de la misma edad. Ella trata de tocarlo.

NIÑA:

¡Encantado!...

NIÑO:

¡Desencantado!...

Desaparecen por detrás de la banca.

Entra otro niño siguiendo la misma dirección a paso de gallo-gallina. Cuando está a punto de llegar a la banca, se escucha una voz de fuera que grita.

VOZ: ¡Se va el tren! ¡Se va el tren!...

Se oye el silbato del tren. El niño sigue su mismo paso hasta salir.

Entran ahora dos niños que caminan abrazados de los hombros, como grandes amigos, y que cantan un fragmento de El jardín del pulpo.

AMIGOS: "Quisiera estar en altamar,
donde el pulpo tiene oculto su jardín;
quisiera estar..."

Ambos desaparecen tras la banca.

Entra un joven corriendo, pero se detiene para esperar a alguien.

JOVEN: Apúrate.

Entra otro joven, exhausto.

OTRO JOVEN: ¿A dónde vamos?

JOVEN: Tú córrele...

Salen corriendo uno detrás del otro.

Aparecen nuevamente los jóvenes, uno de ellos trae una maleta. Se detienen al centro sin saber qué decir.

JOVEN: Acuérdate que tienes que volver.

OTRO JOVEN: Si no vuelvo en 20 años me dejas de hablar, ¿sale?

JOVEN: Te vas a hacer un guacho.

OTRO JOVEN: Guacho tú, yo voy a volver.

Se dan la mano y el joven de la maleta sale por donde han desaparecido todos. El amigo se queda un momento viéndolo y después se acerca a la banca, donde el Forastero parece postrado ante su recuerdo.

JOVEN: ¿Se siente mal? (El hombre no se mueve) Perdone, ¿se siente mal?...

El hombre sigue sin moverse. El joven se encoje de hombros y sale.

Por la izquierda entra el joven de la maleta con aire de extravío. Sin dejar de avanzar, gira tratando de ubicarse. Se detiene al centro del escenario. Se escuchan ruidos de claxons, llantas, frenos y demás fauna urbana. El joven, aterro-rizado, trata de cubrirse de los automóviles y lo único que hace es taparse los ojos. Se escucha ahora un silbato y el ruido cesa. El joven abre los ojos, comprueba que ya no corre peligro y sale apresuradamente.

Aparece ahora un hombre corriendo. Trae una pistola en la mano. Al llegar al centro se detiene bruscamente, voltea hacia el lugar por donde entró y dispara dos veces. Observa si acertó y sale a paso veloz por la derecha.

Entran ahora un juez y un gangster, caminando uno detrás del otro.

JUEZ: Asesinato en primer grado, fraude, extorsión y amenazas de muerte. ¿Cómo se declara?

GANGSTER: Inocente, su señoría, inocente.

Desaparecen.

Por primera vez no entra nadie inmediatamente, aunque comienzan a oírse voces desde afuera.

VOCES: Te vas a hacer guacho... Te vas a hacer guacho...

Cada uno de los personajes de este desfile comienza a aparecer en forma desordenada y anacrónica, todos ellos con la misma frase en los labios y acorralando al Forastero contra la banca.

Te vas a hacer guacho... te vas a hacer guacho...

El Forastero se está cubriendo la cabeza con las manos.

En primer plano aparece Mildred. Observa con curiosidad al Forastero y se acerca.

MILDRED: Disculpe, ¿le ocurre algo?

El Forastero no escucha, pero todos los personajes del fondo se callan de pronto y desaparecen por distintos puntos del parque.

Oiga, ¿se siente mal?

El Forastero reacciona y observa a Mildred. Se sobresalta, como si saliera de una visión, y trata de incorporarse rápidamente.

FORASTERO: Oh, buenas tardes. No la había visto.
MILDRED: ¿Le pasa algo?
FORASTERO: No. Creo que el sol me mareó un poco.
MILDRED: Siéntese. Mejor no se levante.
FORASTERO: Sí, creo que es lo mejor.

El hombre se sienta suavemente y ella lo hace después.

MILDRED: Le haré compañía mientras se le pasa un poco.

FORASTERO: Gracias, pero no es nada.

MILDRED: Está pálido. Sí que le hace falta acostumbrarse a tomar el sol.

FORASTERO: Sí, hace tiempo que no sentía esta temperatura.

MILDRED: ¿Ya había estado antes por estos límites?

FORASTERO: Sí...quiero decir, no.

MILDRED: El sol lo sigue afectando. ¿Sí o no?

FORASTERO: Mmh..., sí. Aquí nací.

MILDRED: ¿Deveras? No le creo.

FORASTERO: Sabía que nadie lo iba a creer. No había vuelto desde que era casi un niño.

MILDRED: Bueno, nunca es tarde. Pero se ha transformado usted, ahora es todo un hombre de la ciudad.

FORASTERO: Un guacho.

MILDRED: Bueno, no quise decir eso.

FORASTERO: No se preocupe. No importa. En realidad es imposible no transformarse completamente. La ciudad se nos mete en la piel. Ahora que contemplaba esta plaza por un momento llegué a sentir que todo lo que había vivido en la ciudad había sido falso, y de pronto sentí rabia de haberme perdi-

do los juegos de pelota, las noches de cine al aire libre, el root beer en el verano...

MILDRED: En pocas palabras, le vino la cursi nostalgia

Silencio. Ambos ríen con nerviosismo.

MILDRED: ¿Y por qué ha decidido volver después de tanto tiempo?

FORASTERO: Vengo a cumplir con una promesa.

MILDRED: ¿Se puede saber cuál?

FORASTERO: Encontrar a un viejo amigo que no he visto en 20 años.

MILDRED: Oiga, eso es mucho tiempo.

FORASTERO: Fue una promesa, y me gusta cumplir mi palabra.

Silencio.

MILDRED: ¿Eso es todo?

FORASTERO: ¿Hace falta más?

Ella ríe, divertida.

MILDRED: ¿Qué pasa? ¿Dije algo gracioso?

Escuche: se han generado rumores en el pueblo debido a su presencia, pero veo que todos siguen una pista falsa.

FORASTERO: *(Interesado)* ¿Ah, sí?

MILDRED: Se me ocurre que puedo hacer algo por usted.

FORASTERO: ¿Algo por mí?

MILDRED: Pero necesito tiempo.

FORASTERO: ¿Qué clase de favor me va a hacer?

MILDRED: Confíe en mí, ¿de acuerdo?

El Forastero hace una mueca de aceptación.

¿Le parece si nos encontramos mañana a las 12 frente a la estatua que está del otro lado de la plaza?

FORASTERO: Es un trato.

Ella se dispone a salir. De pronto él la toma del brazo en forma brusca de tal manera que no sabemos si hay violencia o pasión en su movimiento. Durante unos segundos quedan frente a frente, escrutándose con interés.

¿De verdad puedo confiar en ti?

Ella pone su mano en la mejilla del Forastero y lo mira dulcemente.

MILDRED: Yo confío en ti.

Sale. El Forastero la mira irse. Cuando ella desaparece, él se coloca el sombrero y sale por el lado opuesto.

8. Casa de Mildred.

El alguacil camina nervioso de un lado a otro de la estancia. A veces se asoma a la ventana y mira el reloj. Mildred entra por la puerta de la calle. Se sorprende de ver al alguacil. Este, por su parte, la encara violentamente.

- ALGUACIL:** ¿Dónde estabas?
MILDRED: ¿Qué haces aquí?
ALGUACIL: Ya es muy tarde para que andes dando vueltas, ¿no crees?
MILDRED: Y también soy bastante grande para que me estés cuidando los pasos.
ALGUACIL: Supe que estuviste en el salón.
MILDRED: Ese Bravucón tiene la lengua muy larga.
ALGUACIL: Esos lugares no son para ti, ya te lo he dicho.
MILDRED: Te estaba buscando.
ALGUACIL: ¿Para qué?
MILDRED: ¿Necesito una razón para ver a mi prometido?
ALGUACIL: Mildred, si es por lo que me pediste, te juro que no he visto a ninguna de las chicas del salón.
MILDRED: ¿Ah, eso? No, no era por eso.
ALGUACIL: Además, sabes que hay un forastero peligroso por las calles y no quiero que te metas en aprietos. Piensa que eres la futura esposa del alguacil.
MILDRED: De eso quería hablarte.
ALGUACIL: ¿De qué?
MILDRED: ¿A que no imaginas con quién acabo de estar?
ALGUACIL: ¿Con él?

Ella sonríe y toma su bordado. El parece ansioso.

 D nde lo viste?  Te amenazo o algo?
Mildred, d melo.

Silencio. Ella se muestra divertida. El hace ademán de irse.

Tendr  que deshacerme de él esta misma noche. *Ella se incorpora y lo detiene.*

MILDRED: No, espera. Tengo que hablarte de eso.

ALGUACIL: Dilo, pues.

MILDRED: *(Divertida)* Es un estúpido malentendido. Ese hombre no es un matón, como todos ustedes creen.

ALGUACIL:  Qu  es lo que te dijo?

MILDRED: No puedo explicártelo claramente, pero no estaba mintiendo.

ALGUACIL: Sigues sin decirme nada.

MILDRED: Deberás de confiar en mí.

ALGUACIL: Lo que no puedo es confiar en lo que te haya dicho ese pistolero. Es un tipo muy astuto.

MILDRED: Necesito que me digas una cosa.  Recuerdas algún amigo de infancia que hayas dejado de ver por muchos años?

ALGUACIL:  De qué demonios est s hablando?

MILDRED: Piensa. Trata de hacer funcionar tu cerebro.

 No recuerdas algún pacto de amistad que hayas hecho cuando eras casi un niño?

ALGUACIL: Qué tontería.

MILDRED: No es ninguna tontería. Ahí está la clave del misterio.

ALGUACIL: No s  de qué misterio hablas, además,  c mo quieres que recuerde?

MILDRED: ¿Ni siquiera si era tu mejor amigo?

Silencio. Él parece recapacitar.

ALGUACIL: Espera un poco. ¿Cómo es su apellido?

MILDRED: Guízar.

ALGUACIL: Guízar... Humberto Guízar.

Nuevo silencio. Él parece enfrascado en su pensamiento. Ella lo observa con interés.

MILDRED: ¿Lo recuerdas?

ALGUACIL: ¿Te habló de un pacto?

MILDRED: ¿Lo recuerdas?

Él no contesta. Al fondo del escenario, en un espacio idílico, vuelven a entrar los dos jóvenes que antes aparecieran en el pensamiento del Forastero. Uno de ellos carga una maleta. Al igual que en la escena anterior, se detienen a mitad del escenario, pero ahora el tono no es amistoso.

JOVEN: Lárgate y no vuelvas nunca más, ¿me oíste?

OTRO JOVEN: Así pasen 20 años, voy a volver y te va a pesar.

JOVEN: No te lo voy a perdonar. ¡Nunca!

OTRO JOVEN: Voy a volver. Voy a volver.

Salen por lados opuestos.

MILDRED: ¿Lo recuerdas?

ALGUACIL: Lo había olvidado. Fue hace tantos años.

MILDRED: ¿Lo ves? Viene a cumplir su promesa.

ALGUACIL: Su promesa...

Ríe.

- MILDRED:** ¿De qué te ríes?
- ALGUACIL:** Mis hombres tienen órdenes de disparar contra él.
- MILDRED:** ¿Qué? Tienes que impedirlo. Tienes que impedirlo.
- ALGUACIL:** Está bien, no hay problema. *(Para sí)* Humberto Guízar... es el Guacho.
- MILDRED:** No le vas a hacer nada, ¿verdad?
- ALGUACIL:** Claro que no. ¿Qué más te dijo?
- MILDRED:** Prométemelo.
- ALGUACIL:** ¿Qué necesito prometerte si tú me estás comprobando que es mi amigo? Sólo quiero saber qué más te dijo para estar seguro.
- MILDRED:** Dijo pocas cosas. Habló de la ciudad y de que, aunque ha cambiado, no puede desprenderse de los lazos con Cactus.
- ALGUACIL:** ¿No mencionó otra cosa?
- MILDRED:** ¿Como qué?
- ALGUACIL:** Algo de cuentas pendientes.
- MILDRED:** No.
- ALGUACIL:** ¿Sabe que la persona que busca soy yo?
- MILDRED:** Hasta donde pude entender, no.
- ALGUACIL:** Y supongo que lo volverás a ver.
- MILDRED:** Quedé de ayudarlo a encontrar a su amigo.
- ALGUACIL:** De acuerdo. Por qué no le dices que nos podemos entrevistar aquí.
- MILDRED:** No le vas a hacer nada, ¿verdad?
- ALGUACIL:** No, pero quiero verlo en un lugar privado.
- MILDRED:** ¿Mañana a las doce y media?
- ALGUACIL:** Perfecto.
- MILDRED:** Voy a prepararles unos burritos.

Camina hacia una puerta interior, pero la voz del alguacil la detiene.

ALGUACIL: Mildred... No me estás engañando, ¿verdad?

MILDRED: Qué tonto eres.

Sale. El alguacil abre la puerta de afuera y, sin salir, lanza un grito.

ALGUACIL: ¡Pepito!...

Pocos segundos después aparece el recadero.

Busca a Bravucón y dile que la búsqueda terminó por hoy. Y también dile que reúna a dos de mis hombres y me encuentre aquí mañana a las doce. ¿Está claro? Vamos, apúrate.

El recadero sale corriendo. El alguacil se coloca su sombrero y también desaparece.

9. Calle

- VICKY: Estás segura de que no es muy temprano para llegar al baile?
- JANET: Que no. Ya debe haber comenzado.
- VICKY: Es que luego es mejor llegar tarde, así todos se fijan en una.
- JANET: Y qué tal que todas las parejas ya están formadas y nos quedamos bailando solas, ¿eh?
- VICKY: Bueno, a ver, dime si no tengo chueco el moño.

Janet le arregla el moño y el sombrero.

- JANET: Así está mejor.
- VICKY: ¿Irán a ir los muchachos de la escuela?
- JANET: Sí, van a estar todos.
- VICKY: Ya me puse nerviosa.
- JANET: Ya, estate, me va a dar pena ir contigo.
- VICKY: No, tú, pero es que me dijeron que Matías me va a decir hoy y yo no sé qué le voy a decir si me dice.
- JANET: ¿Quién te entiende?
- VICKY: Bueno, ya vámonos.

Por el lado opuesto, al fondo, entra el Forastero. Aunque ha anochecido, luce un tanto atolondrado por el calor.

- JANET: ¿Ya viste?

Ambas se quedan mudas viendo al Forastero, quien nunca siente su presencia. El hombre busca un rincón al fondo y se baja el zipper para orinar.

VICKY: ¿Es él?
JANET: Sí, ¿qué no lo ves?
VICKY: ¿Y qué está haciendo?
JANET: Schht.
VICKY: Vamos a avisarle a alguien.
JANET: ¿A quién?
VICKY: No sé. ¿Qué tal que nos hace algo?
JANET: ¿A poco se ve tan malvado?
VICKY: Mira nada más lo que está haciendo.
JANET: Vamos a hablarle.
VICKY: No, ¿estás loca? Capaz que nos dispara.
JANET: A poco.
VICKY: Mejor vámonos.
JANET: Mira.

El Forastero termina de orinar y se sube el zipper. Se coloca bien el sombrero y desaparece por el fondo.

VICKY: Nos pudo haber hecho algo.
JANET: Cómo eres exagerada.
VICKY: ¿No oíste que es un hombre peligroso y que va armado?
JANET: Bueno, bueno, vámonos al baile antes de que nos lo volvamos a encontrar.

Sin que ellas terminen de salir del escenario, la calle se ha convertido en un gran baile que las absorbe. Por distintos puntos del escenario emergen las parejas que se mueven al ritmo de la música. El grupo aparece también al fondo. El ambiente es festivo. La coreografía se transforma imperceptiblemente cuando la música modifica también su estilo, en referencia a la metrópoli. El cambio de música sirve otra vez para anunciar la entrada del Forastero, quien, como en la cantina, se detiene al entrar y mira

a la concurrencia. La música cesa y todas las parejas se detienen a mirar al extraño.

La paranoia de éste se activa, de manera que supone la situación como amenazante. Habla para sí.

FORASTERO:

En todo el pueblo corría el rumor de mi presencia y no faltaba quien quisiera cobrar la recompensa. Por eso al ver sus rostros descubrí que me había metido accidentalmente en la cueva del lobo y que tenía que actuar rápido si quería salir vivo de allí.

Saca su arma y apunta hacia la multitud.

Que nadie se mueva.

Aunque nadie se había movido, parecen aún más congelados.

Que no me siga nadie, ¿entendido? Ya me voy.

Camina de espaldas hacia la salida. Los demás lo observan desaparecer y, durante algunos segundos, quedan hipnotizados, mirando hacia afuera. Finalmente alguien rompe el silencio y grita:

BAILADOR:

¿Qué pasa con esa música?

El grupo despierta y se arranca con otra pieza para bailar. Las parejas también reaccionan y realizan otra coreografía. Esta es festiva y con claros rasgos de folklore. Al terminar este número se cierra el telón del primer acto.

SEGUNDO ACTO

10. Plaza.

Vacía. En primer plano, una estatua de bronce de tamaño natural, sobre un pedestal alto, que representa a un vaquero en posición previa a desenfundar. En su pecho brilla una gran estrella también de bronce.

Por un costado aparece el Forastero, visiblemente afectado por los rayos del sol. Continuamente se quita el sombrero y se echa aire con él. Se acerca lentamente hasta cubrirse con la sombra que da la estatua. Se limpia el sudor. De pronto le llama la atención la placa conmemorativa clavada en el pedestal. Lee.

FORASTERO:

“A un sheriff ejemplar, Henry Mora, el ‘Moralitos’, muerto en el cumplimiento de su deber en febrero 27 del 73”.

El nombre del sheriff produce en él un sobresalto emotivo. Clava su mirada en el rostro de la estatua y murmura:

Ahí estaba el héroe de mil combates, quien durante tantos años había impedido que Cactus Village fuese invadido por los cuatros. Admirado por los niños, su pistola había sido ejemplo de prudencia, pero también de determinación cuando había que usarla.

Saca una anforita y hace un brindis a la estatua.

¿Ya no te acuerdas de mí, Moralitos?

Vuelve a cubrirse con la sombra de la estatua y observa la calle para ver si se acerca alguien. Saca un reloj y lo mira, preocupado. Durante algunos segundos permanece en silencio mientras bebe.

ESTATUA: *(sin moverse) Dame un trago.*

El Forastero voltea hacia los lados, pero no ve a nadie. Vuelve a su posición. Silencio.

Dame un trago.

Se repite la acción. El Forastero lo atribuye al calor y trata de quitarse un poco de sudor.

¿Me vas a dar un trago o qué?

Ahora sí, el Forastero escucha claro y voltea hacia la estatua.

FORASTERO: *¿Qué?*
ESTATUA: *Que me des un trago.*

El Forastero se talla los ojos. La estatua se mueve.

Sí, sí, soy yo, no es el sol. Pásame la anforita. El Forastero se la da. Ríe como si alucinara. La estatua bebe.

FORASTERO: No puedo creerlo.
ESTATUA: Aahh. Nada como un buen trago para el calor. Gracias.

Entrega la anforita y vuelve a su posición estática. El Forastero está más perturbado. Mira la anforita casi vacía.

FORASTERO: No, no es una alucinación. Tú te la bebiste.

La estatua permanece inmóvil. El Forastero voltea en torno, con pena de ser descubierto en un alucine, y se dirige nuevamente a la estatua.

No te hagas, y no es el calor. Sí te moviste.

La estatua se mueve por fin, como si le hubiera gastado una broma.

ESTATUA: Está bien, tú ganas, pero no se lo digas a nadie. Y dame otro trago de eso.

FORASTERO: Entonces queda claro que no estoy alucinando, ¿verdad?

ESTATUA: Y además sí me acordé de ti.

FORASTERO: Imposible. Yo era un niño cuando usted me ayudaba a cruzar la calle.

ESTATUA: Yo reconozco a las personas detrás de su disfraz, aunque se vistan de guachos o de lo que sea.

FORASTERO: Sigue siendo el mismo.

ESTATUA: Pero más sabio. ¿Cuánto tienes sin volver?

FORASTERO: 20 años.

ESTATUA: Entonces reconoces y no reconoces.

FORASTERO: Lo que reconozco es algo que ya no está.

ESTATUA: Pero que está. La gente no ha cambiado

FORASTERO: tanto, sólo se ha vuelto desconfiada.
ESTATUA: ¿Por qué?
Por ustedes, por los que se visten como tú. Debo darle otro trago que esto es un círculo vicioso. (*Silencio mientras bebe*). Pero el calor no ha cambiado nada. Cactus sigue siendo el mismo infierno.

FORASTERO: ¿Y a usted qué le pasó?
ESTATUA: Una emboscada. Tres hombres me sorprendieron por la espalda y no tuve tiempo ni de sacar mi pistola. Así me quedé.

Hace la posición estática por unos segundos.

Pero recibieron su merecido; los ahorcaron.

FORASTERO: Es una lástima eso que me cuenta.
ESTATUA: Ni tanto. Ahora soy un héroe venerado...

El Forastero voltea repentinamente.

FORASTERO: Alguien viene.

La estatua vuelve a su posición perenne y el Forastero se oculta tras ella. Entra Mildred casi corriendo. Se detiene adelante de la estatua y voltea alrededor. No ve a nadie. Desde su escondite, el Forastero la llama.

FORASTERO: Señorita Mildred.

Ella lo mira y sonríe ampliamente. Ambos reflejan algún tipo de ansiedad por encontrarse nuevamente.

MILDRED: Oh, pensé que ya no te encontraría.
FORASTERO: Yo supuse que me habías olvidado.
MILDRED: No, no, pero es que sentí que alguien me seguía y tuve que despistarlo.
FORASTERO: Entonces no podremos permanecer aquí mucho tiempo. No sabes cómo lamentaré despedirme de ti.
MILDRED: No hablas en serio, ¿verdad?
FORASTERO: De no andar de paso por estas tierras, no me importaría disputarle la novia al alguacil.
MILDRED: Oh, no digas eso.
FORASTERO: Mildred, si me conocieras bien no me volverías a mirar a los ojos, pero por ti yo sería capaz de...
MILDRED: ¿De qué?
FORASTERO: De cambiar.
MILDRED: ¿Y no puedes hacerlo?
FORASTERO: Debo cumplir una promesa y después marcharme.
MILDRED: No, ya no tienes que irte.
FORASTERO: ¿De qué hablas?
MILDRED: No necesita marcharse así. La persona que buscas es el alguacil... Dios, no tendría que decírtelo, pero ya ves.
FORASTERO: ¿El alguacil y el Fitucho son la misma persona? Vaya, vaya, esa sí es una sorpresa.
MILDRED: ¿Qué fue lo que hablaron?
MILDRED: Le hablé de ti, de tu pasado, y él se puso feliz.
FORASTERO: ¿Feliz?
MILDRED: ¿Cómo se puede sentir uno cuando vuelve un amigo?
FORASTERO: Así que recordó.
MILDRED: Está ansioso por verte. Me pidió que te llevara a donde se encuentra.

- FORASTERO:** ¿Dónde está?
MILDRED: En mi casa te preparé una comida.
FORASTERO: ¿Para mí solamente?
MILDRED: Bueno, por lo menos puedo asegurarte que pensaba en ti.
FORASTERO: No sé si sea lo mejor.
MILDRED: No entiendo. Deberías estar contento, terminó la búsqueda.
FORASTERO: ¿Qué más te dijo?
MILDRED: Rememoró la despedida y dijo que había sido un tonto.
FORASTERO: ¿Un tonto?
MILDRED: Sí, por haber dado órdenes a sus hombres de disparar contra ti... Oh, Dios, nuevamente soy una indiscreta. Pero no te preocupes, ya todo está arreglado. De la noche a la mañana te has convertido en huesped distinguido del alguacil. Vamos.
FORASTERO: Mildred, hay algo que me preocupa. Este encuentro me hará pensar en la lealtad a un amigo, y creo que no podré verte más.
MILDRED: No sé qué decirte.
FORASTERO: Si yo ocupara algún lugar en tu corazón, tal vez...
MILDRED: No digas más, déjalo.

Se acercan uno a otro y están a punto de darse un beso, pero ella mira hacia el camino y dice:

¡Vamos!

Se separan y caminan hasta desaparecer. La estatua no se ha movido.

11. Casa de Mildred

El escenario está partido en dos por un muro que separa el interior y el exterior de la casa. En el interior se encuentra el alguacil tratando de mover un sillón. Por la parte exterior aparecen Bravucón y otros dos pistoleros. Tocan la campanilla de la casa. Desde adentro, el alguacil se acerca a espiar por la mirilla y abre.

ALGUACIL: Pasen. Rápido.

Los tres hombres penetran a la casa y el alguacil cierra.

Ey, ustedes, muevan este sillón hacia acá, en esta dirección. Vamos a acomodarnos así: Bravucón, tú te pones atrás del sillón. Ray se coloca tras esas cortinas y Bruno se esconde tras aquella puerta.

BRAVUCÓN:
ALGUACIL:

*¿Y tú?
Yo estaré sentado en el sillón, esperándolo tranquilamente.*

BRAVUCÓN:
ALGUACIL:

*Puede ser peligroso.
Va a entrar con Mildred, así que tengan mucho cuidado. En cuanto ella entre y se separe un poco del Guacho, disparan. No esperen mi orden. Sólo tengan cuidado de no darle a ella.
¿Está claro?*

BRAVUCÓN:
ALGUACIL:

*Sí.
Acomódense, pues.*

Cada uno se va colocando en el sitio indicado.

¿No ha habido comentarios de la Sociedad Anónima?

BRAVUCÓN: Sólo que esperan que se solucione a la brevedad, si no, el que está en el hoyo eres tú.

ALGUACIL: En una hora van a tener la cabeza sobre su escritorio. Parece que ya vienen, atención.

Enciende un cigarro y espera en el sillón.

Por el otro lado entran Mildred y el Forastero. Al llegar a un paso de la puerta se detienen. Él la sujeta.

FORASTERO: Antes de entrar debo decirte algo. Aunque lo único que cabe en mi cabeza es que no puedo renunciar a verte...

MILDRED: *(Tapándole la boca)* No, no digas nada.

FORASTERO: Es algo que necesitas saber.

MILDRED: Lo que me has dicho es suficiente. Ahora sé por qué no aceptaba casarme con él. Por favor, no digas nada que me haga maldecir nuestra suerte.

FORASTERO: Mildred, quisiera poder borrar mi pasado, pero entonces todo yo quedaría borrado. Y ahora sólo sé que cuando abramos esta puerta pueden ocurrir cosas imprevistas.

MILDRED: No la abramos, entonces, y vámonos ahora mismo. Vámonos lejos, a la ciudad de donde vienes, o a un lugar en el que no nos conozcan en donde podamos empezar una nueva vida.

FORASTERO: No. Tenemos que entrar.

MILDRED: ¿Por qué?

FORASTERO: La promesa, recuerda.

MILDRED: Los hombres se atan demasiado a su palabra.

FORASTERO: Si confías en mí pase lo que pase, en mi boca no tendré otra palabra que tu nombre.

MILDRED: Confío en ti si te oigo decir mi nombre.

Están fuertemente abrazados.

FORASTERO: Mildred..., Mildred, perdóname.

MILDRED: ¿Perdonarte?

FORASTERO: Por lo que va a pasar.

MILDRED: No entiendo.

FORASTERO: Tengo que cumplir con un trabajo y tú sin querer me has ayudado.

MILDRED: ¿De qué hablas ahora?

FORASTERO: Te necesitaba para llegar hasta el Fitucho. Y ahora me ayudarás nuevamente.

ALGUACIL: *(Desde adentro)* ¡Apunten!

MILDRED: ¿Qué?

Sin decir más, el Forastero le tapa la boca y le da vuelta para inutilizar sus brazos. Ella forcejea un poco, pero no puede zafarse. Con tres movimientos rápidos y precisos, él saca su pistola, patea la puerta y entra a la casa apuntando a la cabeza de Mildred, quien no puede hacer nada.

FORASTERO: ¡Quietos o disparo!

El alguacil, quien estaba preparando su mejor sonrisa para sorprender al visitante, queda mudo por un momento, pero se repone para ordenar.

ALGUACIL: ¡Alto! ¡No disparen!

El Forastero sigue apuntando firmemente a la sien de Mildred.

FORASTERO: ¡Tiren sus armas!

ALGUACIL: No lo harás.
FORASTERO: ¿Quiéres averiguarlo?

Silencio tenso.

ALGUACIL: Está bien, está bien. Bravucón, Ray, salgan lentamente y tiren sus armas.

Los dos mencionados obedecen. El alguacil ha omitido el nombre de Bruno, quien justamente está escondido a espaldas del Forastero.

FORASTERO: También tú, saca tu arma.

El alguacil obedece.

ALGUACIL: Muy bien. Pero deja de apuntarle a ella.
FORASTERO: Con gusto.

Cumple la indicación, pero ahora le apunta a él.

ALGUACIL: Eres un perro.

FORASTERO: Exactamente como tú, amigo.

ALGUACIL: ¿Se puede saber qué te trae por estos rumbos?

FORASTERO: Vengo a cumplir mi promesa, ¿te acuerdas?

ALGUACIL: Bueno, pero eso no es motivo para venir aquí con las pistolas de fuera. Bravucón, trae una botella para brindar con nuestro viejo amigo...

FORASTERO: No te pases de listo.

ALGUACIL: Entonces vamos al grano.

FORASTERO: Sí, allá vamos. Hay gente del centro que piensa que mi viejo amigo estorba demasiado.

ALGUACIL: Y tú de qué parte estás.
FORASTERO: De la parte que me paga.
ALGUACIL: Es decir que te has convertido en un guacho mercenario.
FORASTERO: Exactamente como tú, amigo.

Un momento de distracción intenta ser aprovechado por Bravucón para alcanzar su arma, pero el Forastero reacciona a tiempo y dispara. Bravucón es herido en el brazo y se retuerce de dolor en el suelo. La confusión es aprovechada por Mildred, quien se zafa y va a dar junto al alguacil. El Forastero amenaza nuevamente.

La siguiente bala va para ti, Fitucho, así que no te muevas.
ALGUACIL: (Conciliador) Espera, vamos a hablar. Te aseguro que lo podemos arreglar.
FORASTERO: Acuérdate cuántas advertencias se te mandaron.
ALGUACIL: Me estaban obligando, yo no decido nada.
FORASTERO: ¿Y quién decide?
ALGUACIL: Yo sólo recibo órdenes de la Sociedad Anónima. Soy un pobre intermediario. Por favor, no dispaes, por nuestra amistad, por aquellos años...

Bruno ha salido silenciosamente de su escondite, a espaldas del Forastero, y camina hacia él apuntando con su rifle. El alguacil lo observa de frente y sigue hablando para distraer a su enemigo.

Acuérdate de las cosas que pasamos juntos. Yo te estuve esperando todos estos años y tú nunca volviste. Pensé que habías muerto.

FORASTERO: Verdaderamente me tienes al borde de las lágrimas.

ALGUACIL: Si yo hubiera sabido que tú estabas en el otro bando hubiera negociado...

FORASTERO: Acabas de decirme que tú no decides.

ALGUACIL: Habría hecho lo posible por interceder.

FORASTERO: Demasiado tarde para cambiar de opinión.

ALGUACIL: No, espera, vamos a probar una vez más. Tú y yo podemos hacer negocios, negocios ventajosos para ti...

FORASTERO: Despídete de tu novia...

MILDRED: *(Al Forastero)* Bastardo...

El Forastero pone su dedo sobre el gatillo en el momento que Bruno toca su espalda con la punta del rifle.

BRUNO: Tira tu arma, Guacho.

El Forastero no se sobresalta, pero poco a poco baja su pistola hasta tirarla al suelo. Trata de sonreír.

FORASTERO: *(Al alguacil)* Eres un perro.

ALGUACIL: Exactamente como tú, amigo.

El alguacil se levanta y se acerca a un paso del Forastero.

ALGUACIL: Ahora sí podemos darnos un saludo por 20 años de ausencia.

Tira un derechazo a la cara del Forastero, seguido de un gancho al estómago que lo tumba.

Levántate. Tenemos muchas cosas que platicarnos. Que te levantes.

Bruno apunta ahora a la cabeza, obligando al Forastero a levantarse.

Amistades como la nuestra se dan una en un millón, ¿no lo crees?

Nuevo golpe al estómago.

Es una lástima que tengamos que volver a despedirnos.

Otro golpe.

Pero te prometo que todas las semanas tendrás flores frescas en tu tumba. Yo no olvido a un amigo, mucho menos cuando me ofrecen su amistad sincera.

Tira una patada. Durante la golpiza, Mildred ha pasado de la indiferencia a la compasión. En algún momento que nadie se fija en ella, ha tomado una de las pistolas tiradas y se acerca a Bruno.

Lo único que lamento es que no vas a poder regresar a la ciudad para decirles qué poco nos gustan los entrometidos. Porque —guárdatela como última lección—, ningún forastero va a venir a Cactus a decirnos qué pasa y qué no pasa. ¿Está claro? A ver, repite la lección...

Mildred apunta a la nuca de Bruno.

MILDRED: Se acabó. Suelta tu rifle.

Sorpresa general. El alguacil la mira sin comprender.

ALGUACIL: No juegues, Mildred...

Trata de acercarse, pero ella parece decidida a imponerse.

MILDRED: No te acerques o disparo.

ALGUACIL: Por favor, mi amor...

MILDRED: ¡Suelta el rifle!

Bruno deja el arma.

Y dejen que se vaya.

ALGUACIL: No, no se va a ir.

MILDRED: Voy a hablar una sola vez y espero que no haya dudas. No quiero que se derrame sangre en mi casa, pero si es necesario, yo seré quien decida qué sangre va a correr, ¿entendido? Guízar, vete de aquí y no vuelvas.

Silencio. El Forastero se incorpora lentamente y la mira a los ojos.

FORASTERO: ¿Puedo tomar mi pistola?

MILDRED: No.

FORASTERO: No la voy a usar. Es sólo para no irme desprotegido.

ALGUACIL: No lo dejes.

MILDRED: Cállate. (Al Forastero) Tómala, pero vete de aquí antes de que me arrepienta.

FORASTERO: ¿No quieres venir conmigo?
MILDRED: ¡Que te largues!

El Forastero toma el arma y sale. Silencio. Ella espera unos instantes antes de bajar su pistola y tirarla al suelo. Parece ausente. Los demás toman sus armas, a excepción de Bravucón, quien sigue postrado en el suelo.

ALGUACIL: Hermosa escena. Muy convincente. Espero que estés satisfecha, porque quien va a pagar ante la Sociedad Anónima soy yo. ¿Me escuchas? Ya arreglaremos cuentas. Bruno, ve a la cantina y reúne a todos los que puedas. Y tú, Ray, ve por el médico para que atienda a Bravucón.

Salen. Mildred queda pensativa en el sillón.

12. Establo.

En penumbras. El Forastero entra sin ver nada, jadeando después de una larga escapatoria. Enciende un fósforo para tratar de ubicarse en el lugar. A su alrededor sólo se ven pacas de heno. Cuando el fósforo está a punto de apagarse enciende otro. Parece que se tranquiliza un poco. Trata de echar un vistazo afuera para ver si puede considerarse a salvo. Sin embargo, del interior del establo surge una voz femenina que lo inmoviliza.

VOZ DE VICKY: Deténgase, forastero. Le estoy apuntando con mi rifle. Y no se le ocurra ningún chiste porque lo tengo entre ceja y ceja.

El Forastero no dice nada.

Ya puedes pasar, Janet.

Janet entra con un quinqué, cuya luz ilumina el establo.

JANET: ¡Cómo! ¿Cayó el ratón en la ratonera?
VICKY: Cayó como premio de la lotería. (Al Forastero)
¡La pistola, al suelo!

El Forastero saca el arma y la arroja. Janet la recoge y le apunta con ella, al tiempo que deja el quinqué colgando de alguna tabla.

Ponga las manos atrás.

El Forastero obedece. Vicky le hace una seña a

Janet, quien deja el arma, toma una cuerda y le amarra las manos por la espalda. El Forastero no ha tenido la menor reacción.

Vaya, vaya, así que este es el temible forastero por quien se ofrecen miles de dólares. Se ve tan inofensivo. ¿Y sabe lo que vamos a hacer con usted? ¡Nos vamos a hacer ricos! ¿No tiene nada qué decir?, o es que no sabes hablar.

Silencio.

FORASTERO: ¿Para qué quiere tanto dinero?
VICKY: Vamos a abrir una fábrica de manteles.
JANET: ¿Estás hablando en serio, Vicky?
VICKY: Claro que no, Janet, no quiero volver a ver un mantel en mi vida.
JANET: ¿Entonces nos vamos a ir a la ciudad?
VICKY: Ya lo decidiremos. Por lo pronto vamos a reclamar nuestra recompensa. ¡Muévase!

El Forastero permanece inmóvil.

FORASTERO: ¡Muévase!
Esperen, esperen. Yo puedo ofrecerles algo mejor que esa recompensa.
VICKY: No tranzamos con guachos.
FORASTERO: Yo no soy guacho. Soy de aquí.
VICKY: Eso que se lo crea su abuela.

El Forastero trata de hacer su mejor acento pueblerino.

FORASTERO: ¿Qué no se me nota, pues?
VICKY: Diatiro la friegas, bato. Tú no te salvas ni

- FORASTERO:** aunque te pongas de cholicoso.
(Continuando con su acento pueblerino)
Entonces no te dilates y diatiro márame.
- VICKY:** No, no, mi amigo..., me vales más vivo que muerto. Así que enfílate pa fuera.
- JANET:** Alto, alto, no tan rápido, pues.
- VICKY:** ¿Y ora qué te traes?
- JANET:** Yo antes quiero un anticipo de la recompensa.
- VICKY:** ¿Un anticipo?
- JANET:** Pero ese me lo cobro aquí.

Janet toma al Forastero del cuello y lo empuja. El Forastero da dos pasos hacia atrás, pero no dice nada. Janet vuelve a acercarse y recorre el pecho del Forastero con su mano.

A ver si como cantas, rujes, paisano, porque vamos a dejarte bien bichi.

Vuelve a empujarlo y el Forastero tropieza hasta caer bocarriba sobre la paja. Janet le arranca los botones de la camisa y las dos mujeres miran con emoción su torso desnudo.

- VICKY:** Janet, ¿estás segura de lo que haces? En cualquier momento puede llegar alguien.
- JANET:** Este no se me va a ir.

Le desabrocha el cinturón ante el asombro del propio Forastero. Mete su mano al pantalón. Vicky baja su rifle, estupefacta.

- FORASTERO:** Señorita... en este momento... yo preferiría... al menos suélteme las manos...
- JANET:** No las necesitas, papito.

Termina de bajarle los pantalones y se monta sobre él. Ambos están cubiertos por la amplia falda de Janet.

VICKY:

¡Janet!

Corre hacia la entrada y se asoma a vigilar.

Janet, ya lo deben estar buscando en todas partes. ¿Me estás oyendo?

Janet no la está oyendo. El Forastero más que participar en el follón, está siendo prácticamente violado.

Si nos encuentran así nos va a ir peor que a él. ¿Estás loca? ¿Estás loca?

La última pregunta connota una seria duda en la propia Vicky, ya que su voz se va debilitando hasta que, después de echar otro vistazo afuera, deja el rifle y corre hacia el lecho de paja para sumarse al menage.

Ya qué.

Ahora los tres participan activamente en el follón que se prolonga hasta que los tres quedan exhaustos. El Forastero aprovecha ese momento de distracción para incorporarse y tomar su pistola. Las mujeres quedan absolutamente sorprendidas.

FORASTERO:

VICKY:

FORASTERO:

No se muevan, así están muy bien.

No se puede confiar en un guacho.

Siempre he dicho lo mismo.

El Forastero se acomoda ligeramente la ropa y echa un vistazo afuera. Todo parece tranquilo.

Señoritas, ha sido un placer.

Sale. Las dos mujeres no hacen nada por moverse y permanecen acostadas sobre el lecho de paja.

VICKY: ¿Ya ves lo que provocaste, Janet?

Janet suspira.

JANET: ¡Sí!

Vicky parece contrariada, pero súbitamente ambas comienzan a reírse con dejo de complicidad. Al final de la escena parecen absolutamente felices.

13. Habitación oscura.

Los tres hombres de la Sociedad Anónima están en la misma posición que la vez anterior. El anónimo 1 es quien habla.

ANONIMO 1: Que pase el siguiente.

Entra el alguacil, con el sombrero entre las manos.

ALGUACIL: Alguacil, qué gusto verlo de nuevo.
Supe que deseaban verme.

ANONIMO 1: Sí, es verdad. Se cumplieron las 24 horas y queremos saber qué noticias nos tiene.

ALGUACIL: Ha habido algunos problemas, pero es cuestión de horas para que el Forastero caiga. Tenemos copadas todas las salidas del pueblo y se están organizando grupos para ir en su busca.

ANONIMO 1: Según teníamos entendido no se iba a hacer ruido con este asunto.

ALGUACIL: Las cosas se han complicado.

ANONIMO 1: Mal, mal, mal. Creo que tendremos que relevarlo del cargo, alguacil. Y esto es algo que no nos gusta.

ALGUACIL: Si pudieran darme otra oportunidad, yo...

ANONIMO 1: No hemos terminado.

De entre la penumbra aparece Bravucón, quien se coloca junto al alguacil. Tiene un brazo entablillado.

ALGUACIL: Bravucón recibirá su placa y se hará cargo. Señor...

ANONIMO 1: Tómese unas vacaciones.

El Alguacil entrega su placa a Bravucón y éste, emocionado, se la coloca con su mano sana.

ALGUACIL: Saldré del pueblo esta misma noche. Pero antes, si me lo permiten, tengo que arreglar un asunto de índole personal.

ANONIMO 1: Haga lo que quiera, pero no interfiera con nuestros negocios.

ALGUACIL: Trataré, señores.

ANONIMO 2: *(Con voz gruesa)* Buenas tardes.

El alguacil sale. La despedida es ahora para Bravucón.

BRAVUCÓN: ¿Usted ya sabe lo que tiene que hacer?

ANONIMO: Sí, señor.

ANONIMO: Entonces, ¡hágalo!

Bravucón sale.

ANONIMO 1: Que pase el siguiente.

Aparece el Forastero y se coloca en el mismo punto de luz que los anteriores visitantes.

Señor forastero, qué sorpresa que nos visite.

FORASTERO: Por ahí escuché que querían verme.

ANONIMO 1: Es cierto. Queremos que se deje de juegos y hable claro.

FORASTERO: Espero que eso no sea una amenaza.

Saca un cigarro.

ANONIMO 1: Si no le molesta, no encienda ese cigarro.
El Forastero lo guarda.

Somos hombres de negocios, no de amenazas. Si lo que nos ofrece es sensato lo dejaremos tranquilo; pero si nos estorba lo haremos a un lado. ¿Quiere hablar?

FORASTERO: O.K. ¿Quiéren las cuentas sobre la mesa?

ANONIMO 1: Si es necesario.

FORASTERO: Desde hace tres años se comenzó a impedir el paso de nuestra mercancía hacia la frontera, sobre todo a partir del nombramiento del alguacil Teherán. Hemos ofrecido más dinero, pero se nos siguen poniendo trabas. Los del centro tienen un dicho a este respecto: "cuando no se quiere negociar, se quiere guerra".

ANONIMO 1: Tiene razón, toda la razón. Yo sólo preguntaría por qué cada vez que quieren negociar, nos mandan pistoleros en lugar de economistas.

El Forastero saca otra vez el cigarro, sin darse cuenta.

¿Realmente tiene tanta necesidad de fumar

FORASTERO: Perdón, lo hice sin darme cuenta.

ANONIMO 1: El problema ha sido el punto de vista. Ustedes están dispuestos a aumentar la tarifa, pero nosotros queremos porcentaje. Riesgo compartido. Si ustedes ganan más, nosotros también. De otra manera, el centro está utilizando nuestro territorio para llevarse mucho más de lo que nos dejan a

nosotros. ¿Será capaz de memorizar eso y llevarselo a sus patrones, amiguito?

FORASTERO: ¿Por quién me toma?

ANONIMO 2: *(Con voz gruesa)* Entonces no le quitamos más su tiempo y le deseamos buenas tardes.

FORASTERO: Hasta muy pronto.

Se lleva el cigarro a la boca y se va jugando con su encendedor, pero sin prenderlo.

ANONIMO 1: Por cierto, tenga cuidado antes de salir del pueblo, porque alguien muy enojado lo está buscando.

El otro hace un gesto y sale.

14. Cantina.

Un grupo de hombres con rifles y pistolas, se miran agitados. Bravucón (con el brazo vendado) está de pie sobre una mesa. Sobre su pecho brilla la placa de alguacil

- BRAVUCÓN:** ¡A sus casas! ¡Les digo que todos a sus casas! El alguacil renunció a su cargo y yo lo sustituí.
- HOMBRE 1:** Se nos va a escapar el Guacho.
- HOMBRE 2:** Sí, vamos por él antes que se pele.
- BRAVUCÓN:** ¡No! ¡No! Ese ya está arreglado y puedo asegurarles que ya no hay nada que temer.
- HOMBRE 3:** Necesitamos que nos lo diga el alguacil.
- HOMBRE 1:** ¿Dónde está el alguacil Teherán?
- BRAVUCÓN:** ¡Con una fregada! El alguacil soy yo. Teherán renunció... por motivos de salud, pues.
- HOMBRE 3:** ¿Qué tiene que ver su renuncia con el Guacho?
- BRAVUCÓN:** Nada... Nada.
- HOMBRE 2:** No te queremos como alguacil, Bravucón, a menos que nos lo diga el propio Teherán.
- HOMBRE 3:** Queremos a Teherán.
- HOMBRES:** *(En coro no, por favor)* Sí, sí, Queremos a Teherán.
- BRAVUCÓN:** ¡Oiganme!...

Los hombres disminuyen sus voces.

A partir de hoy la placa la cargo yo. Y al que no le guste que venga a poner su queja en mi escritorio, ¿estamos?...

Silencio súbito cuando aparece el alguacil y se acerca a encarar a Bravucón.

ALGUACIL: Hijo de puta.
BRAVUCÓN: No me gusta cómo me hablas, Teherán.
ALGUACIL: Me la hiciste, no te hagas.
BRAVUCÓN: ¿Sabes a quién le estás hablando así, Teherán?
ALGUACIL: Claro que lo sé, lamegüevos.
BRAVUCÓN: Entonces has el favor de decírselos a ellos.
ALGUACIL: ¿Qué?
HOMBRE 1: Sí, queremos que nos explique, alguacil.
HOMBRES: Queremos a Teherán de alguacil.
HOMBRE 2: Hable claro, alguacil.

Murmullos ad-libitum

ALGUACIL: ¡Está bien! ¡Está bien!...

Silencio.

Si quieren saberlo, yo ya no soy más el alguacil de Cactus... y desde hoy se las tienen que arreglar con éste.

Señala a Bravucón, quien sonríe al público.

BRAVUCÓN: ¿Ven? ¡Se los dije!...
ALGUACIL: Pero....

Expectación general.

...ni el alguacil ni nadie en este pueblo me va a impedir arreglar a mi manera una cuenta pendiente. Así que si ven al Guacho, ese me lo dejan a mí porque tenemos un asunto estrictamente personal.

El alguacil sale y los deja a todos confundidos, hasta que alguien sugiere una idea.

- HOMBRE 3:** ¡Vamos con él!
HOMBRE 2: ¡Sí, vamos!
BRAVUCÓN: No tan rápido. Es un asunto personal, ya lo dijo él. Así que vámonos a nuestras casas y olvidemos este asunto, ¿de acuerdo?
- HOMBRE 3:** No, Bravucón, es un asunto de todos. ¿Que no basta con lo que ha hecho? Tiene aterrorizadas a nuestras mujeres y nuestros hijos.
- HOMBRE 1:** Intentó asaltar una fiesta familiar y a ti te disparó a sangre fría.

Exclamaciones y comentarios generales.

- BRAVUCÓN:** Todo eso que dicen es verdad, pero no pueden tomar la ley en sus manos.
- HOMBRE 3:** Queremos la cabeza de ese Guacho.
- BRAVUCÓN:** El primero que lo intente va a pasar la noche en la cárcel.
- HOMBRE 1:** Pues enciérranos a todos de una vez, Bravucón, porque nosotros vamos por ese Guacho.
- BRAVUCÓN:** Demonios, pues, organícense. A ver, ustedes tres van a cubrir la calle principal hasta el roble de los Paterson. Este grupo de aquí enfrente cubrirá la salida del norte. Estos otros se vendrán conmigo hacia el este, por si decide salir agazapado entre las colinas. No le vayan a disparar. Tenemos que capturarlo vivo, ¿está claro? Y tenemos que hacerlo antes de que el alguacil lo encuentre o no habrá recompensa. ¡Vamos!

Entre murmullos van saliendo de la cantina.

15. Calle.

Vacía. Por un lado entra el Forastero. Trae una pistola en la mano. Camina de un extremo a otro y desaparece entre piernas. Por otro punto entra ahora el alguacil con su pistola en la mano. Desaparece también por entrepiernas. Por uno y otro lado, comienzan a aparecer grupos de perseguidores: Bravucón, Mildred, las beatas, etc., sin cruzarse en el camino, en una especie de escena caricaturesca de abrir y cerrar puertas. Todos ellos entran y salen por lugares arbitrarios en una persecución absurda. A veces algunos se encuentran en el camino y se preguntan cosas como:

BRAVUCÓN:
HOMBRE:

¿No lo han visto?
Dicen que por la estación.

Antes de desaparecer por sitios opuestos. También otras personas se encuentran.

JANET:
VICKY:
BETY:

¿Qué le van a hacer?
Parece que lo quieren linchar.
Vamos por acá.

Salen. Ahora se encuentran el alguacil y Mildred.

ALGUACIL:
MILDRED:

Si lo encuentro, lo mato.
Yo lo voy a matar primero.

Desaparecen. Ahora el Forastero con el recadero.

FORASTERO: ¿Sabes dónde puedo alquilar caballos frescos?

RECADERO: En el establo de Trokas.

Sale. El Forastero habla para sí mismo.

Toda la gente me seguía y no podía encontrar la salida de este maldito pueblo del desierto. Los flancos además se iban cerrando y todo parecía empujarme hacia la plaza central, donde seguramente sería presa de la multitud. Tenía que hacer algo, y pronto.

Sale por un costado. La persecución continúa hasta crear un movimiento caótico que súbitamente se detiene.

Nota: También podría suceder que toda la escena se hiciera al ritmo de la música de Bonanza, o una serie así; y que los perseguidores cabalgaran caballos de palo.

Ahora que un carrusel sería magnífico...

16. Plaza.

Durante algún momento del bullicio en la escena anterior, ha entrado nuevamente la estatua de Moralitos, que permanece inmóvil en medio de la persecución. Súbitamente se forma un largo vacío en el escenario, un lapso prolongado de tiempo en el que nada se oye y nada se mueve. Sobre el escenario habría una gran polvareda como después de una persecución a caballo.

De pronto el Forastero entra corriendo y se oculta detrás de la estatua. Se escuchan disparos. Él responde con su arma. Moralitos, desde su pedestal, trata de cubrirse de las balas. Después, vuelve a su posición. El alguacil grita desde fuera.

VOZ DEL ALGUACIL: No trates de escapar, Guacho. Estás rodeado.

FORASTERO: Antes no me llamabas así... Fitucho.

VOZ DEL ALGUACIL: No lo hagas más difícil. Este es el fin del camino, y lo vamos a resolver tú y yo solamente.

FORASTERO: Tus hombres están apostados por todos lados.

VOZ DEL ALGUACIL: Nadie va a intervenir.

FORASTERO: No te creí nunca, y no te creo ahora.

VOZ DEL ALGUACIL: Es una cuestión de honor. Salgamos los dos.

El alguacil aparece por un costado y se mantiene a distancia. Trae su pistola en la funda.

FORASTERO: Aquí estoy, a la vista. Sal tú.
Sigo siendo minoría.

ALGUACIL: Vamos, como dos viejos amigos. Aquella me la robaste; hoy nos vamos a batir por ésta. ¿Te parece?

FORASTERO: No tengo funda.

Uno de los hombres entra y le da una funda con pistola al alguacil. Este la pone cerca del suelo y la arroja hacia la estatua.

Yo escogí las armas. Te toca escoger la forma. No me vas a decir que tienes miedo, ¿verdad?

El Forastero sale lentamente y mira escrutadoramente al alguacil. Acto seguido se dirige por la funda sin quitarle los ojos de encima a su oponente. La alcanza y se la coloca, con parsimonia.

FORASTERO: Cinco pasos.

Por el fondo y los costados comienzan a aparecer los grupos que conforman el pueblo de Cactus. Todos ellos se mantienen a distancia para observar el enfrentamiento.

Los duelistas se colocan a ambos extremos de la plaza. Se miran en silencio mientras se colocan en posición. Sus manos están cerca de las fundas. Dan los pasos lentamente. Por el fondo aparece Mildred, quien trata de abrirse paso entre la multitud.

Casi simultáneamente desenfundan. Es el alguacil quien logra tirar antes y su bala da en la mano del Forastero; éste tira la pistola y se sujeta la mano con dolor. El alguacil vuelve a apuntarle, dispuesto a rematar su obra.

Mildred grita, pero es la estatua la que se mueve primero y desenfunda.

ESTATUA: Alto. Que nadie se mueva.

Todos miran a la estatua, azorados, aunque nadie parece observar el fenómeno como un hecho imposible.

Guarden todos sus armas.

Obedecen. El Forastero está hincado tratando de aminorar el dolor.

FORASTERO: Me salvaste, Moralitos.

ESTATUA: ¿Que no saben lo que es la ley?

ALGUACIL: Este no es un asunto de leyes, Shériff.

ESTATUA: ¿Y de qué es este asunto?

ALGUACIL: (Señalando) Mildred.

Todos la miran. Ella avanza hacia primer plano, furiosa.

MILDRED: Par de patanes, ¿qué se creen?

ALGUACIL: Tú no te metas en esto.

MILDRED: Como si yo fuera qué.

ALGUACIL: ¡Si tú no hubieras comenzado...!

MILDRED: No soy tuya.

ALGUACIL: Si tú no eres mía, entonces...

MILDRED: ¿Qué? ¿Qué?

ESTATUA: ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! ¿No les da vergüenza? Enfrente de toda la gente...

FORASTERO: ¿Entonces me puedo ir, Moralitos?

ESTATUA: Tú no te mueves de ahí. Véanlos; dos hombres disputando por una mujer sin preguntar su opinión

MILDRED: Por mí que se vayan al cuerno los dos.
ALGUACIL: Tú lo provocaste todo.
MILDRED: Ustedes que no entienden.
ESTATUA: ¿Otra vez? Tendremos que encontrar una solución.
ALGUACIL: ¿Cuál?
FORASTERO: Sí, ¿cuál?
ESTATUA: Que ella elija a uno.
MILDRED: Primero muerta.
ESTATUA: Sólo a uno.
MILDRED: A ninguno.
ESTATUA: ¿A quién?
MILDRED: Al primero que se muera.
ESTATUA: ¡Decide de una vez!

Silencio. Ella mira a ambos, parados en los extremos del escenario. Los mirones también alternan sus ojos a uno y otro partido, expectantes.

MILDRED: ¿Puedo hacer dos preguntas?

La estatua asiente, fastidiada.

MILDRED: Mi amor, ¿si me caso contigo pondrás todas tus propiedades a mi nombre?
ALGUACIL: Sí... el día que me des el primer hijo.
MILDRED: Guízar, dime sinceramente; ¿hubieras sido capaz de dispararme a la cabeza?

Silencio. Expectación general.

FORASTERO: No.

Mildred avanza lentamente hacia el Forastero y lo abraza suavemente. Surge un beso tímido.

Acto seguido ella se echa para atrás y le da una tremenda cachetada. Trata de encontrar las palabras para insultarlo, pero sólo puede emitir una palabra, brutal:

MILDRED:

¡Guacho!

FORASTERO:

Mildred, yo...

MILDRED:

No tienes nada más que hacer en este pueblo. Buenas tardes.

Camina en dirección al alguacil y, sin detenerse frente a él, directo a la salida, le ordena.

Vámonos, mi amor.

El alguacil echa una última mirada a su enemigo y sale siguiendo a Mildred. Los demás permanecen pasmados sin poder reaccionar hasta que Bravucón salta al frente.

BRAVUCÓN:

Bueno, bueno, ya se acabó el asunto así que todos a sus casas si no quieren pasar la noche en la comisaría.

Lentamente todos los mirones van haciendo mutis, aunque cada uno hace antes una parada frente al Forastero para hacerle algún gesto específico. Bety, por ejemplo, hace una mueca de asco hacia el extraño. Janet le hace un movimiento provocativo y Vicky hace un gesto obsceno. Cuando Bravucón se pone frente al Forastero le señala su placa, presumiendo.

Tienes media hora para salir del pueblo.

Le da la espalda al Forastero y se cuadra frente

a Moralitos. Al final, hasta la estatua se marcha dejando solo al Guacho, quien mira hacia el punto donde todos se marchan

FORASTERO:

Y me fueron dejando solo, como si fuese el pueblo y no yo el que se marchara. Cuando por fin estuve solo, no me quedó más que volver la vista al sur y descubrir que el sol se estaba poniendo en el desierto. Entonces recogí mi sombrero, le sacudí el polvo y me dispuse a caminar hasta mi ciudad...

Mientras comienza a salir, de algún lado aparece lentamente el letrero THE END, que se ilumina al compás de una música campirana.

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

**Impreso en
Hermosillo, Sonora, México.
Tiraje: 1000 ejemplares
Septiembre de 2010
La edición estuvo a cargo del autor**

Imprenta de
"El Comercio" de Lima
Lima 1900

Concurso del Libro Sonorense / 2008



Tenía ocho años y estaba a punto de mudarme de Hermosillo cuando los amigos de la escuela sembraron la advertencia en mi cabeza: "te vas a hacer *guacho*", sentenciaban socarronamente, a pesar de que yo meneaba la cabeza para decirles que no, que yo no iba a dejar que la Ciudad de México me cambiara. En aquel entonces –no sé ahora– hacerse *guacho* era como ser lanzado a las llamas del infierno.

Tal vez por eso durante años mantuve intacto el recuerdo (o la ilusión) de un lugar quemante y cordial que se apuraba con *root beer* y se alcanzaban sus confines desde el Cerro de la Campana. Pero como en el cuento de O'Henry, transcurrieron 20 años hasta que pude volver y para entonces no había manera de negar mi extranjería; a pesar de mis intentos por convencer a los viejos amigos, ellos tenían ante sus ojos a un forastero de la ciudad. Aquí empieza la fábula de esta obra, que no es sino un ajuste de cuentas con la visión distorsionada de aquello que nos parece lejano. Por esa razón elegí un escenario de caricatura y un género que permitiera jugar con los clisés de uno y otro lado. El resultado es esta "machaca western", evocación de una ciudad que tampoco es lo que era antes. Ustedes disculparán que un desconocido se tome la confianza de desparramar unas cuantas referencias, pero algún privilegio debe quedarle al niño que alguna vez cruzó la calle de la mano de Moralitos, aquel policía ejemplar que infraccionaba gobernadores y que, según cuenta la leyenda, murió en el cumplimiento de su deber. Tal vez por eso no fuera tan mala idea pedirle a él nos conceda el *deus ex machina* que destrabe los conflictos de estos tiempos tan aciagos.

LMM

ISBN: 978-607-7598-11-4



 Instituto
Sonorense
de Cultura


UN NUEVO SONORA